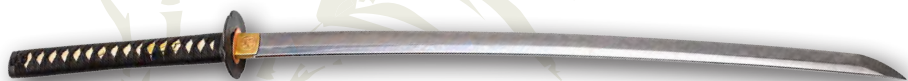




# Ancho es el sendero de la torpeza



MARCO VINICIO ARAGONÉS

  
EDITORIAL  
UCR

Ancho es  
el sendero de  
la torpeza

MARCO VINICIO ARAGONÉS



EDITORIAL  
UCR  
2024

CC.SIBDLUCR - CIP/4150

Nombres: Aragonés, Marco Vinicio, 1991- , autor.

Título: Ancho es el sendero de la torpeza / Marco Vinicio Aragonés.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2024.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-186-9** (rústico)

Materias: LEMB: Novela costarricense. | Literatura costarricense.

Clasificación: CDD CR863.5 –ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2024.

© Editorial Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr

www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

# Índice

<b>CAPÍTULO 1</b>	
Fácil de hacer, fácil de cobrar	<b>1</b>
<b>CAPÍTULO 2</b>	
Fuera pantalones	<b>5</b>
<b>CAPÍTULO 3</b>	
El arte de la defensa demorada	<b>9</b>
<b>CAPÍTULO 4</b>	
Costoso y reservado	<b>15</b>
<b>CAPÍTULO 5</b>	
A propósito de dinero	<b>19</b>
<b>CAPÍTULO 6</b>	
Wallace también flota	<b>23</b>
<b>CAPÍTULO 7</b>	
Algo que rueda	<b>27</b>
<b>CAPÍTULO 8</b>	
El tigre blanco	<b>31</b>

<b>CAPÍTULO 9</b>	
Directo al cuello de la nobleza	<b>35</b>
<b>CAPÍTULO 10</b>	
Vitaminas y lubricantes	<b>41</b>
<b>CAPÍTULO 11</b>	
En casa del oráculo	<b>47</b>
<b>CAPÍTULO 12</b>	
Tharsis o Elysium	<b>51</b>
<b>CAPÍTULO 13</b>	
Poste en la tercera base	<b>57</b>
<b>CAPÍTULO 14</b>	
Intercambio de favores	<b>63</b>
<b>CAPÍTULO 15</b>	
Si los sapos croan	<b>67</b>
<b>CAPÍTULO 16</b>	
El testigo desertor	<b>73</b>
<b>CAPÍTULO 17</b>	
Aseado y vigilante	<b>77</b>
<b>CAPÍTULO 18</b>	
Las ausentes	<b>83</b>

<b>CAPÍTULO 19</b>	
A defender la muralla	<b>87</b>
<b>CAPÍTULO 20</b>	
El indignado replicante	<b>93</b>
<b>CAPÍTULO 21</b>	
Reconocimiento y retirada	<b>97</b>
<b>CAPÍTULO 22</b>	
Malos presentimientos	<b>101</b>
<b>CAPÍTULO 23</b>	
Despejando la zona	<b>105</b>
<b>CAPÍTULO 24</b>	
Una de esas extrañas noches	<b>109</b>
<b>CAPÍTULO 25</b>	
Maldito Geller	<b>115</b>
<b>CAPÍTULO 26</b>	
El camino de vuelta	<b>119</b>
<b>CAPÍTULO 27</b>	
Últimos preparativos	<b>123</b>
<b>CAPÍTULO 28</b>	
Hacia la ciudad de los nuevos comienzos	<b>127</b>

## CAPÍTULO 1

### Fácil de hacer, fácil de cobrar

Quisiera hablarles del perro de los cinco mil dólares, del traficante de esteroides al que le aterrizaraban las agujas, contarles acerca de los ciento ochenta kilómetros que recorrí en un carro de golf para disolver una secta de personas atractivas, de todo eso y de la bestia verde que hizo que esta sea una historia complicada.

La historia empieza en este lugar: el bar La colmena, una escabrosa pocilga de tres pisos que, como una torre de jenga, daba la impresión de estar por derrumbarse. El tipo de *jacket* de cuero que está hablando con la *bartender* es Giordano, el esposo de mi hermana. Tiene un estudio de tatuajes al oeste de la ciudad. Es un cabrón suertudo, la mayoría de sus clientes son futbolistas que pagan fortunas por rayarse cualquier tontería.

El de camisa a cuadros con cara de aburrimiento soy yo: Plinio Palas, veintiocho años, amante de la cultura samurái, soltero, de profesión... Bueno, no tenía profesión en ese momento. De hecho, ese era el único motivo por el cual estaba ahí. Giordano me había citado para ofrecerme un supuesto trabajo de temporada sin adelantarme ningún detalle.

—Sí, ya me lo pensaré luego, ahora tengo que volver a lo mío —dijo la chica, harta de Giordano y sus recomendaciones artísticas.

—Bueno. Ya sabés, un ornitorrinco a color en ese hombro y nadie te va a poder quitar la vista de encima.

—De acuerdo. ¿Van a querer otro trago?

—Por ahora estamos bien —le respondí.

—Okey.

—¡Una rosa! —dijo Giordano al verla alejarse—. ¿Podés creerlo? ¡Cómo puede existir gente con tan poco ingenio en este mundo! ¿De qué estábamos hablando?

—De Gilmar, el narcotraficante —dije.

—Ah sí. Pero no es un traficante, es más bien un hombre de negocios indeterminados.

—Ya. Como sea. ¿Qué pasa con Gilmar?

—Pues que está de vacaciones.

—¿Y eso qué?

—Tiene una casa en Laucinos y necesita que alguien la cuide. Tenía pensado hacerlo yo, pero Felicia se puso histérica cuando se lo comenté.

—¿Por qué?

—Según ella es una excusa para verme con otra mujer por las noches.



—Pues motivos le has dado para desconfiar.

Giordano, que estaba por beber otro trago de su *whisky*, golpeó de pronto el fondo del vaso contra la mesa.

—¡En lugar de hablar estupideces, deberías agradecer que te conseguí un puto trabajo! —gritó e hizo que todos los que estaban en la barra giraran su cabeza hacia nosotros.

—Está bien, está bien —dije— no es para enojarse tanto. ¿Cuántos días hay que cuidar la casa?

—Quince. Ciento ochenta reyes<sup>1</sup> por día.

—Suena bien.

—¿Y? ¿Sí o no?

—No sé... si la casa fuera de otra persona no lo dudaría, pero...

—Está bien, no pasa nada —dijo Giordano con su mano derecha sobre uno de mis hombros. No saben cuánto odio que las personas hagan eso—. Si el pequeño polluelo tiene miedo, puede volver a su nidito de eterno desempleado.

—Muy gracioso —le dije y llamé a la *bartender* para que nos cobrara.

—Ya en serio, es una lástima que digás que no. Te vas a perder la colección de Gilmar.

—¿Colección de qué?

---

1 Cantidades convertidas al tipo de cambio actual. 1 \$ = 10 R\$ (reyes vadalcarinos).

—De objetos samurái, espadas, lanzas, armaduras... A vos te gustan esas cosas, ¿no? —me preguntó como si no supiera la respuesta.

—Treinta reyes —dijo la *bartender* y tomó el billete de cincuenta que había dejado sobre el servilletero vacío.

—¿Podrías prestarme el teléfono? —le preguntó Giordano—. Necesito hacer una llamada urgente.

—Claro, está a la par de la caja —respondió la chica.

—¿Toda la colección está en esa casa? —le pregunté tratando de no sonar demasiado interesado en el asunto.

—Así es —dijo Giordano y se levantó de su silla—. Enseguida vuelvo.

—¿A quién vas a llamar?

—A mi sobrino Néstor, tal vez a él le interese más la oferta.

—Va. Yo cuido la casa —le dije.

—¡Así me gusta! ¡Con valentía!

Giordano entonces volvió a sentarse con una sonrisa en el rostro que para mí fue el primer augurio de lo que se avecinaba.

¿Conocen la historia de aquel hombre llamado Fausto que pactó con el demonio para acostarse con una tal Margaret? Pues ni siquiera él en la peor de las situaciones le hubiera vendido su alma a un cuñado. Eso se lo puedo asegurar.

## CAPÍTULO 2

### Fuera pantalones

Si tengo que ser sincero, la casa de Gilmar no me sorprendió en lo más mínimo, en Zurias las propiedades de los millonarios suelen ser bastante parecidas entre sí. Para Giordano, en cambio, cada detalle era fascinante y no escondía su entusiasmo al enseñarme, por ejemplo, una vitrina llena de medallas militares, una foto de Gilmar con Muamar, el Gadafi, o una camiseta autografiada por Diego Armando Maradona.

Pues bien, ahí estaba yo siguiéndolo de un lado a otro, de repente sentí una carga que me impedía caminar. Cuando miré hacia abajo, vi a un perro que me estaba mordiendo el ruedo derecho del pantalón.

—¡Quieta, Arminda, quieta! —decía Giordano, a la vez que intentaba separarlo de mí, pero por más que lo zarandeaba, el jodido perro no daba tregua—. Quitate el pantalón.

—¿Qué?

—No va a soltarlo. Hací lo que te digo.

Como Giordano parecía estar hablando en serio, me desabroché la faja y me quedé en calzoncillos viendo cómo esa piraña con pelo se llevaba mi pantalón a un rincón de la sala.

—Te dije que vinieras en bermudas.

—¿De dónde diablos salió esa cosa?

—Es de Gilmar. Te voy a traer una bata —dijo Giordano y entró a uno de los baños.

—Ese pantalón estaba casi nuevo.

—Ya tendrás para comprarte otro.

—¿Te lo vas a llevar?

—¿A quién?

—Al perro.

—Es una perra, se llama Arminda —dijo Giordano y me dio una bata que tenía estampado de palmeras—. Tiene un pequeño problema con la mezclilla, pero es una buena mascota.

—Ya. Pero te la vas a llevar, ¿verdad?

—¡Estás loco! Felicia me mataría si llego con un animal a la casa.

—No estarás pensando que yo me voy a hacer cargo.

—Es solo una perra, Plinio. Lo único que tenés que hacer es alimentarla y levantar la mierda que vaya haciendo. No veo que sea tan complicado.

Eso era algo que no me gustaba de hacer tratos con él. Giordano es de ese tipo de personas que te avisan de la mina cuando ya te ha volado medio cuerpo.

—Eso no fue lo que acordamos —le dije.

—Lo sé, lo sé. Ahora acompáñame.

—¿A dónde? ¡Maldita sea, Giordano! ¿Estás escuchando lo que te digo? —le pregunté mientras lo seguía por las escaleras.

Una vez arriba, avanzamos por el pasillo hasta llegar a una puerta corrediza que Giordano no abrió del todo.

—Están ahí dentro —dijo.

Al asomarme para entender de qué hablaba, apenas pude distinguir entre la penumbra el fondo de un salón con piso de madera y los contornos de lo que parecían dos armaduras samurái.

—¿No vas a dejar que entre? —le pregunté.

—¿Vas a cuidar a la perra?

—Puede que sí, puede que no.

—Está bien —dijo Giordano mientras sacaba su billetera—, ¿cuánto querés?

—No sé, tendría que consultar el salario mínimo de un cuidador de perros para añadirlo a la cuenta.

—Dejá la tontería. Te doy cuatrocientos.

—Seiscientos.

—Cuatrocientos y un nuevo pantalón.

—Está bien —le dije y tomé el dinero.

Giordano consultó la hora en su reloj, me entregó un pequeño aparato rectangular y bajó las escaleras a toda prisa.

—¿Qué es esto? —le pregunté, una vez fuera de la casa, mientras encendía su moto.

—Es un *beeper*. Gilmar de vez en cuando te va a enviar un número para que devolvás la llamada. Nos vemos. Por cierto, majaste una mierda, si fuera vos, me limpiaría antes de volver a entrar.

Pues sí, en ese momento me di cuenta de que uno de mis zapatos había caído en desgracia. Seguro que ahora entienden mejor lo que les decía de las minas.

## CAPÍTULO 3

### El arte de la defensa demorada

Como ya lo supondrán, después de limpiar la obra de arte que llevaba en la suela, lo primero que hice fue subir hasta el salón donde estaban los objetos samurái. Ya con la luz encendida, me topé con que la colección era más grande de lo que pensaba. Aparte de las dos armaduras, había dagas, arcos, lanzas y sobre todo espadas: ocho catanas colocadas sobre un estante clavado a la pared.

Aquello se veía tan extraordinario que de pronto se me ocurrió una idea demasiado seductora como para dejarla pasar. Siguiendo el orden tradicional japonés, empecé por ponerme las sandalias, luego las espinilleras y no me detuve sino hasta colocarme toda la armadura encima. Al acabar, me acerqué al espejo del salón y estuve contemplándome en él por un rato, hasta que empecé a sentir un roce molesto en la nuca. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que el casco tenía una etiqueta que decía *MADE IN CHINA*. ¡Pueden creer la estafa! Todo lo que llevaba puesto era un montón de *souvenirs* que de japoneses no tenían un carajo.

Algo tiene que ser auténtico entre toda esta basura, me decía, al tiempo que iba descartando pieza tras pieza. Ya había

perdido la esperanza de encontrar algo decente, cuando desenvainé la séptima espada y reconocí, por una inscripción en su hoja, que se trataba de una auténtica catana samurái; y no solo eso, era una muramasa, es decir, una antigua arma sagrada.

Mientras contemplaba aquella maravilla, abajo la perra no paraba de ladrar. Aun así, me mantuve quieto con la mente atrapada por la tentación. En ese momento, tenía puesta mi mochila, dentro estaba mi humilde catana, que al igual que la de Gilmar, también tenía la empuñadura de color rojo. No eran idénticas, pero si somos realistas, un tipo al que le habían colado siete espadas chinas no iba a darse cuenta de nada. Además, tampoco es un robo, pensé mientras intercambiaba las fundas. Era más bien un intercambio justo: Gilmar seguiría teniendo sus ocho espadas y yo una recompensa extra por lo bien que cuidaría de su casa.

Resuelto esto, bajé al primer piso para buscar a Arminda por todos lados, pero no la encontré. La idea de que se hubiera escapado me hizo incluso salir y darle toda una vuelta a la casa mientras la llamaba desesperadamente, como un idiota.

La perra estaba detrás de un sillón de la sala, y si había dejado de hacer ruido no era por su voluntad, sino por la serpiente que la estaba asfixiando. Al ver tal escena, corrí lo más rápido que pude hasta el salón, tomé la muramasa y volví a bajar.

Me causa mucha pena tener que confesar esto, pero en ese instante fui todo menos contundente. La funda que le había puesto a la catana era demasiado estrecha, por lo



que la hoja terminó por atascarse y cuando por fin pude desenvainarla estaba tan nervioso que no solo atravesé la cabeza de la serpiente, sino también el cuello de la perra, del que brotó un charco de sangre que empezaría a extenderse por el piso hasta casi alcanzar una de las alfombras.

Así es, yo mismo acababa de asesinar a la mascota del hombre más peligroso de toda la Península Valdecarina.

Desesperado por ocultar la matanza, tomé el mantel de la mesa y cubrí los dos cadáveres. Luego levanté el teléfono y, con las manos aún temblorosas, marqué el número de la casa de mi hermana.

—¿Hola?

—Pasame a Giordano.

—¿Quién habla?

—Soy yo, Plinio.

—Giordano está ocupado.

—Es urgente.

—Estamos decorando la casa para la fiesta de Noelia. ¿Sabés que mañana es el cumpleaños de tu sobrina?

—Sí, lo sé...

—Entonces recordarás también que acordamos que entre los tres le íbamos a comprar la mansión de las Polly Pocket, ¿no?

—Lo tengo presente, Felicia. Apenas consiga dinero te doy mi parte. Ahora quiero hablar con tu esposo.

—Eso espero. Ya que no sos padre, al menos deberías esforzarte por ser un buen tío.

—¡Felicia! ¡Me urge hablar con Giordano, no estoy jugando!

—Bueno, bueno, qué carácter.

—¿Qué pasa? —dijo Giordano y se puso, por fin, al teléfono.

—Necesito que vengás ahora mismo.

—Pero ¡qué decís! No voy a subir a Laucinos a la hora de más tráfico.

—Es una emergencia.

—¿Qué diablos hiciste?

—¡Mierda, Giordano no te lo voy a explicar por teléfono! ¡Te digo que vengás! ¡No es una broma!

—Está bien. Voy para allá, pero más vale que sea algo realmente grave.

Mientras Giordano llegaba, bajé la intensidad de las luces y me aseguré de cerrar todas las cortinas de la casa. Sé que suena exagerado, pero no podía permitir que ningún vecino tuviera la más mínima sospecha de que algo andaba mal.

Faltando quince minutos para las ocho me sobresaltó el sonido del timbre.

—Bien, aquí estoy, ¿cuál es la emergencia? —dijo Giordano mientras se quitaba el casco.

—Antes que todo, quiero que sepás que fue un accidente.

—¿Podés dejarte de rodeos y decirme qué pasó?

¡Si ustedes hubieran visto la cara de incredulidad y asco que puso cuando levanté el mantel!

—Yo intentaba matar a la serpiente que la estaba asfixiando, pero me puse nervioso y...

—¿Me podés explicar cómo diablos entró una serpiente a la casa?

—No sé, simplemente apareció.

Giordano apartó los restos de la serpiente y examinó a la perra para averiguar si aún respiraba.

—Nada que hacer —dijo Giordano y se limpió las manos ensangrentadas con el mantel.

—Ya está. Soy un hombre muerto —dije—, me van a ahorcar con un alambre de púas, van a echarme ácido en los ojos, me van a violar con un cuchillo y luego a partirme en trozos para hacer mortadela y dársela de comer a los gatos callejeros...

—¡Plinio! ¡Plinio! —gritó Giordano—. ¡Calma! Sé cómo solucionarlo, tranquilo. Por ahora tenemos que deshacernos de este desastre.

—¿Cómo?

—Conozco un terreno baldío a tres cuadras de aquí.

Después de meter los dos cuerpos en una bolsa plástica, nos dirigimos al lugar para abrir una fosa. Por suerte,

el terreno estaba lleno de matorrales, así que nadie podía ver lo que hacíamos.

Mientras cavábamos, Giordano me dijo que una amiga suya tenía un criadero de perros en el que con suerte podríamos conseguir uno parecido a la difunta Arminda. El plan no era grandioso, pero en ese momento no tenía cabeza para proponer uno mejor. Mi mente estaba enfocada en terminar la fosa a la vez que me preguntaba si la pala que estaba usando no cavaría también la mía.

## CAPÍTULO 4

### Costoso y reservado

Según las enseñanzas del Hagakure<sup>2</sup>, un hombre valeroso debe permanecer impávido y jamás dar la impresión de estar desbordado. Por eso y para no hacer más el ridículo, cuando fuimos al criadero al día siguiente, intenté mantenerme sereno sin dejarme intimidar por la magnitud del problema que tenía encima.

—Tal vez uno como este... —dijo la dueña del criadero mientras nos enseñaba un Pomerania.

—No. El que buscamos es blanco con negro —le dije.

—Y tiene el pelo más largo alrededor del hocico —dijo Giordano.

—La cola parece una brocha —añadí.

—Déjenme pensar... —dijo la mujer—. ¿Los muslos los tiene rapados?

—Exacto.

---

2 葉隠 Manual de comportamiento samurái dictado por Yamamoto Tsunetomo en el siglo XVIII.

—Creo que ya sé de cuál es. Vengan por aquí.

La mujer nos guio hasta otro cobertizo cercado. El lugar, como ya se imaginarán, era muy ruidoso. No les puedo decir una cantidad exacta, pero calculo que había más de cuarenta perros sin contar sus crías. Tenía sentido que nadie viviera alrededor.

—Supongo que esta es la raza que buscan —dijo la mujer y sacó, de entre todos los perros que se acercaron a olfatearla, uno idéntico a Arminda.

Tengo que aclarar que no soy una persona religiosa, pero ver a aquel animal me pareció un milagro tan extraordinario, que por un momento fui todo un creyente agradecido con la misericordia divina que parecía haberse apiadado de mí.

—¿Es perro o perra? —preguntó Giordano.

—Perra —dijo la mujer.

—¡Genial! ¿Cuánto cuesta?

—Cinco mil dólares.

—Ya. No, en serio —dijo Giordano—. ¿Cuánto cuesta?

—Cinco mil dólares —repitió la mujer con la misma seriedad con que lo dijo la primera vez—. Es un *löwchen*, los perros de esta raza casi no se procrean.

En efecto, hasta ahí llegó mi fe en la piedad divina para darle paso a la indignación. ¿Cómo es que existían personas tan asquerosamente millonarias para poder gastar tanto dinero en un perro que ni siquiera servía para reproducirse!

- ¿Podemos negociar el precio? —preguntó Giordano.
- Este no lo puedo vender. Está apartado para otra persona —dijo la mujer.
- ¿Tenés otro?
- Podría conseguirles uno el próximo año.
- Estamos jodidos —dije y me llevé las manos a la cabeza.
- Siento no poder ayudarlos, Giordano.
- ¿Quién es la persona que lo va a comprar?
- Eso no se lo puedo decir.
- Vamos, Susan. Estamos metidos en un problema, ayudanos un poco.
- Quisiera hacerlo, pero me pedís cosas muy complicadas...
- No veo dónde está la complicación —le contestó Giordano y metió un billete de quinientos reyes en el bolsillo de su blusa—, solo queremos contactarlo para negociar con él. Es todo, ¿ves algo malo en eso?
- Supongo que no...
- ¿Entonces?
- De acuerdo, pero no le digan que fui yo quien les dio el dato, ¿está bien?
- Entendido.
- Se llama Tadeo Romisla, tiene una venta de autos al lado del Parque 18 de Abril.

—Perfecto. Pues bien, creo que es hora de irnos —dijo Giordano y acarició la cabeza de la perra mientras yo intentaba recordar de dónde me sonaba el apellido Romisla.



## CAPÍTULO 5

### A propósito de dinero

Tal vez mi memoria me falle, pero no recuerdo haber estado nunca en un atasco tan desastroso como el que nos tocó tragarnos ese día al volver a casa. Bastaba con avanzar uno o dos metros para que enseguida el autobús en el que viajábamos volviera a detenerse por otros cinco minutos. No sé si lo saben, pero los vadalarinos tenemos fama de ser los peores conductores de América, de hecho, alguna vez leí que la nuestra es la segunda ciudad con más accidentes en todo el mundo después de Bangkok.

—Creo que deberíamos robarnos el perro —dije.

—No digás tonterías —me contestó Giordano luego de bostezar.

—¿Entonces de dónde vamos a sacar la plata?

—Ya pensaremos en eso, por ahora hay que asegurarse de que nadie lo compre primero.

—Es increíble que un perro que parece un trapeador cueste cinco mil dólares —dije.

—Sí, como sea, escuchá: mañana vas a ir al negocio de ese tal Romisla y le decís que estás interesado en comprar un auto. Cuando él te pregunte qué modelo buscás, le respondés que cualquiera mientras tenga los asientos resistentes...

—No entiendo nada de lo que estás hablando.

—¡Déjame terminar! Entonces cuando te vaya enseñando cada uno, vos le insistís con el tema, hasta que te pregunte por qué tanto interés en los asientos. Justo ahí, le explicás que tu hija tiene un *löwchen* que te destrozó los sillones de tu auto anterior.

—La verdad, preferiría tener un perro antes que una hija.

—Está bien, Plinio. Todos celebramos que Dios no te haya puesto un pene.

—Dije que preferiría no tener, no que no pueda.

—Bueno. Pero ¿entendés lo que te digo? Tenés que convencerlo de que los *löwchen* son unas putas alimañas paridas por el mismísimo Satanás. Incluso también podés comentarle lo de los pantalones.

Al llegar a la esquina de la calle, vimos a un grupo de bomberos que intentaba sacar a una anciana de la camioneta que ella misma acababa de chocar contra la fachada de un supermercado.

—No creo que funcione.

—Yo tampoco —dijo Giordano sin despegar la vista de la calle—, en esos casos hay que cortar la carrocería con una tijera hidráulica.

—No estoy hablando del accidente —dije—; hablo del plan. No creo que funcione.

—¿Tenés uno mejor?

—No por el momento.

—Pues nada, esperaremos entonces hasta que tu gran inteligencia nos dé la solución al problema. Por cierto, me debés quinientos reyes.

—¿Qué?

—Fue lo que le di a Susan por la información.

—En primer lugar —le respondí— en ningún momento fui yo el que decidió que había que sobornarla, y en segundo, vos el que me debe ciento ochenta.

—Los ciento ochenta eran por cuidar al jodido perro que enterramos anoche, Plinio. Así que dejá de hablar estupideces.

—Si vos hubieras estado en mi lugar, habría pasado exactamente lo mismo.

—Ya te dije, quinientos reyes.

—De mí no esperés nada.

—¿Sabés qué? —dijo Giordano y tocó el timbre del autobús—. Andate a la mierda, no voy a perder mi tiempo resolviendo tus idioteces.

Y sí, el cabrón lo hizo, apenas se abrieron las puertas bajó del autobús y se fue. Ahora estaba solo, y si es cierto eso de que las mejores ideas nacen bajo presión, parecía que mis neuronas aún no se habían percatado de que estábamos, como se dice en Vadalcazar, colgando de la terraza.



## CAPÍTULO 6

### Wallace también flota

Aunque el lugar tenía aire acondicionado y los sillones eran los más cómodos que mi trasero había probado, tuve que esperar a Romisla por más de una hora, hasta que su secretaria me indicó que podía pasar.

No sé si ustedes, al igual que yo, se hacen una idea de la apariencia de un desconocido a partir de su nombre. Al menos a mí, el nombre Tadeo me hacía imaginarme a un calvo cincuentón con el cuello repleto de cadenas de oro y una camisa floreada a medio cerrar. ¡Pero vaya que estaba equivocado! Porque Tadeo Romisla era la pulcritud hecha persona. Tenía tanta elegancia que cualquier vadalcarino lo consideraría demasiado extravagante. Tal vez en sus ciudades sea común, pero que alguien se vista de traje aquí, donde los termómetros pueden marcar 38 grados, es un tanto pretencioso.

—Lamento haberlo hecho esperar tanto —dijo y me estrechó la mano—, tome asiento.

—Bonita decoración —dije mientras observaba la pecera circular que adornaba el centro de la oficina.

—Muchas gracias. Y dígame, señor Wallace, ¿qué puedo hacer por usted?

—Palas.

—¿Disculpe?

—Mi apellido es Palas.

—Entiendo. Pero podríamos dejarlo en Wallace, ¿no? Verá, escribí su nombre en mi agenda y no quiero hacer un tachón.

—No hay problema —le respondí—. El asunto, como ya se lo adelanté por teléfono, es que necesito comprar con urgencia ese *löwchen* que usted apartó en el criadero. No le puedo dar demasiados detalles, pero mi seguridad depende de eso.

Romisla entonces se levantó de su silla y, sin decirme nada, empezó a sacudirme los hombros.

—¿Qué hace?

—Listo. Tenía unas pelusas en la camisa. ¿Me da un segundo? Necesito lavarme las manos.

Pues bien, mientras Mister TOC<sup>3</sup> fue al baño y yo husmeaba un poco entre sus cosas, vi sobre su escritorio una foto en la que para mi sorpresa aparecía una persona conocida. Ahora entendía por qué el apellido Romisla me sonaba de antes.

—Ahora sí, señor Wallace —dijo al volver—. Retomando el tema, créame que me gustaría ayudarlo, pero el perro es un regalo ya prometido, así que debo comprarlo.

---

3 Trastorno obsesivo compulsivo.

—¿Es para Delia? —pregunté.

—¿Conoce a mi hija?

—Sí, estuvimos juntos en el Pálamos<sup>4</sup>. ¿Cómo está ella?

—Bueno, yo también quisiera saberlo.

—¿Por qué lo dice?

—Hace tiempo no la veo —dijo Romisla y atenuó la sonrisa que parecía tener esculpida sobre la cara—, solo sé que está en Zurias, en una especie de secta o algo parecido...

—¿Hace cuánto no la ve?

—Desde enero.

—Bastante tiempo... Supongo que debe de extrañarla.

—No se imagina cuánto.

Fue en ese momento cuando por fin vi una oportunidad para salir del drama de los últimos dos días. Como lo hace un buen samurái, había descubierto el punto sensible en la mente de Romisla y no debía desaprovechar esa ventaja.

—Le propongo algo —dije—. ¿Qué tal si yo voy a Zurias e intento convencer a Delia de que regrese a Vadalcadar? Y usted a cambio me ayuda comprando el perro.

—El problema —me contestó Romisla— es que ni siquiera sé en qué parte de Zurias está.

---

4 Colegio Secundario Ricardo Pálamos.

—Por eso no se preocupe —le dije—, así tenga que ir de casa en casa preguntando, voy a dar con ella.

—Ya veo que usted es una persona decidida.

—Bueno, como dice un proverbio japonés: cuando la marea sube, el barco también debe flotar.

Romisla se levantó de su silla, empezó a asentir y me señalaba con el dedo.

—Me gusta su actitud, ¿sabe? Adelante, ¿por qué no? Es más, si la encuentra y logra convencerla para que regrese, yo mismo compro ese perro para usted.

—¡Muy bien! Tenemos un trato entonces —le dije sin saber siquiera si Delia Romisla iba a reconocerme después de tantos años, eso sumado al hecho de que tampoco es que fuéramos grandes amigos por entonces.

Zurias, pensé mientras salía de aquella oficina, al menos si Gilmar enviaba sus hombres a matarme, tardarían un poco más en conseguirlo.



## CAPÍTULO 7

### Algo que rueda

Como casi todas las noches el billar estaba lleno, lo que no implicaba que mi papá ganara mucho alquilando las mesas. No lo puedo decir de todos, pero la gran mayoría de sus clientes debían tantas horas de juego que mi papá ya ni siquiera llevaba la cuenta. Se preguntarán ustedes ¿por qué entonces los seguía dejando entrar? Pues bueno, yo también llevaba años preguntándome lo mismo. Según él, en lugar de darle dinero, toda esa gente le pagaba con favores que más de una vez lo habían sacado de apuros, lo cual podría ser creíble si sus clientes fueran políticos o empresarios, pero esperar algo de ese montón de remoretos<sup>5</sup> solo demostraba que mi papá era un iluso.

—¡Miren quién llegó! ¡Pliman! —dijo Fermín, un tipo asqueroso que solo servía para comer como un cerdo y estafar al primer tonto que se le cruzara por delante.

—¿Y mi papá? —le pregunté mientras trataba de mantenerme a distancia para no tener que darle la mano.

---

5 adj. despect. Vividor.

—Está en la bodega, arreglando una mesa. Ya que viniste, quiero enseñarte algo —dijo y sacó un *discman* de la canchurera que siempre llevaba encima—. ¿Qué tal? Apuesto a que nunca habías visto uno con la tapa transparente.

—Bastante bonito... Te dejo porque voy con prisa.

—Esperá, esperá. Dame trescientos por él.

—Ya tengo uno.

—Pero no transparente, además es un Aiwa. Nuevo te cuesta el doble.

—Nos vemos, Fermín.

Tal como me lo dijo Fermín, mi papá estaba en la parte de atrás cambiándole el fieltro a una mesa mientras escuchaba un partido de fútbol por la radio.

—¿Quién juega? —le pregunté al entrar.

—Valladare contra Comunicaciones de Guatemala. ¿No estabas en Laucinos vos?

—Estaba, pero tuve un problema —le respondí—. Tengo que ir a Zurias y me preguntaba si podés prestarme el Célica...

—No lo tengo acá.

—¿Cómo que no?

—No. Se lo alquilé a unas danesas para que fueran a la playa... Tengo otra cosa, pero no sé si te sirva.

—Lo que sea mientras ruede —le contesté.

—Está por aquí —dijo y abrió la puerta que daba hacia la parte techada del patio.

—¿Desde cuándo tenés amigas danesas?

—Dejémoslo en el misterio. Aquí está la máquina —dijo al quitar el cobertor que mantenía oculta la sorpresa.

—¿Qué diablos es eso?

—Un *buggy*.

—¿Un *buggy*? A mí me parece un jodido carro de golf.

—Nada de eso. Cómo se nota que no sabés un carajo.

—¿Te lo dieron solo o también traía los palos? —le pregunté.

—Ya está bien, si no te gusta, andate en uno de esos gallineros que van a Zurias.

En eso mi papá tenía razón, los trenes hacia Zurias eran un desastre: asientos flojos, niños y ancianos enfermos, predicadores, ventanas atascadas, gringos escandalosos, parejas calentonas, borrachos, animales sueltos, señoras desmayadas, requisas policiales... en fin, pensándolo bien, a la par de ese convoy de la muerte cualquier cosa era una limosina, incluso un carro de golf color rosa.

Esta es una  
muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la  
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA  
UCR  
  
VIRTUAL

## Acerca del autor

**Marco Vinicio Aragonés** (Cartago, 1991-) recibió el Premio Joven Creación por su obra *Primer encuentro* en 2012. Ha escrito diversos artículos y cuentos breves en revistas como *Íkaro*, *Conjetura* y *Álastor Literario*. Es autor del libro de relatos *Los comediantes a medianoche* publicado por la Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Corrección filológica: *Pamela Bolaños A.* • Revisión de pruebas: *Aneth Solís M.*

Diseño de contenido y diagramación: *Daniela Hernández C.*

Diseño de portada: *Boris Valverde G.* • Imagen de portada: "Japanese sword steel fitting and black scabbard isolated in white background", Fotografía de stock del banco de imágenes libres de derechos depositphotos.com, 239084346 ID. Autor *Joker3753.*

Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.  
Setiembre, 2024.

Plinio Palas, un aficionado a la cultura samurái, acepta la tarea de cuidar la casa de Gilmar, el narcotraficante más poderoso de la Península Vadalarina. Todo marcha según lo planeado, hasta que una serpiente mata a la mascota de Gilmar: un löwchen de cinco mil dólares que Plinio deberá sustituir con un perro idéntico antes de que su dueño regrese de sus vacaciones por el Caribe.

Esta angustiosa búsqueda lo llevará a la ciudad de Zurias, donde conocerá desde un vendedor de terrenos marcianos hasta un comerciante de anabólicos que, frente a todo pronóstico, se convertirá en su mejor aliado.